

Cartas sobre el sindicalismo

Bartolomeo Vanzetti

Cartas sobre el sindicalismo

Bartolomeo Vanzetti

Primera edición:

Barcelona, julio de 2015

diaclassa.net

editorial[arroba]diaclassa.net

Ni derechos ni deberes

Gratis para presas, presos y
bibliotecas sociales (contactar con
la editorial).

I

Tu última carta, en la cual hablas sobre anarquismo y sindicalismo, es sumamente interesante porque invita a la reflexión y a la discusión sobre problemas importantísimos y urgentes.

Tu lamentas la confusión general; yo la considero la principal causa del infortunio actual.

Espero, por lo tanto, tu aprobación para tratar públicamente la discusión comenzada por nosotros de manera privada. Ten en cuenta que la escritura es el único medio con el cual puedo servir a la causa común, y que no me motiva más que la honesta intención de ayudarme a mi mismo y a mis iguales. En tu respuesta me refutas:

Me dices en tu última carta que el sindicalismo o bien es autoritario o bien es libertario: si es autoritario es socialismo; si es libertario es anarquismo. Yo creo, en cambio, que el *sindicalismo revolucionario* no es anarquismo ni socialismo, sino apolítico, es decir, una organización de la cual hacen parte hombres de diversas tendencias y credos, pero que aceptan como

fin principal el sindicalismo, la abolición de las dos clases y de la propiedad privada.

Antes de comenzar la refutación a tu aserción, es-timo primordial y útil decir que mi opinión sobre el sindicalismo es también la opinión de casi la totalidad de los anarquistas, y entre ellos, de los más viejos y sabios compañeros, cuyas palabras no hago más que repetir de peor manera.

Vayamos al grano.

Al decir: «el sindicalismo revolucionario es una organización», etcétera, queda claro que interpretas que el sindicato y el sindicalismo son una cosa única. La verdad, en cambio, es que el sindicato no es el sindicalismo, y el sindicalismo no es el sindicato. En realidad es el sindicalismo el que acaba de aparecer, mientras que el sindicato es más viejo que Matusalén.

Una vista relámpago al diccionario, una llamada al sentido común y un rápido examen histórico del tema en cuestión, establecerá lo antes posible, mejor e irrefutablemente a toda habilidad polémica, quien de nosotros está en lo cierto.

Mi *Webster Dictionary*, el único explicativo que me ha dado la providencia dice *síndico*: «1. Asistente de una corte de justicia, abogado, magistrado que posee diferente poder en diferentes naciones. 2. Un agente de asuntos, un mandatario», etcétera. Después viene

la palabra *sindicato*: «Oficio o jurisdicción de un síndico; consejo o cuerpo de sindicatos. 2. Una asociación de personas autorizadas a negociar cualquier asunto, o para organizar un proyecto industrial o financiero».

En cuanto a ese sindicalismo en el que tu crees, ese sindicalismo demasiado joven para estar integrado entre las «asociaciones delictivas», bajo leyes de excepción, pero lo suficientemente viejo como para ser definido como *sindicalismo criminal* por la providencial magistratura de esta jodida república; a este sindicalismo, digo, mi diccionario niega el honor de la hospitalidad (puede que por ignorancia, puede que por... prudencia) y calla. Pero cada uno de nosotros sabe, también en el lenguaje del trabajo, que la palabra *sindicato* es sinónimo de unión y organización. Todos saben que en el mundo existen sindicatos financieros, industriales, comerciales y proletarios. Por lo tanto, independientemente de las finalidades que producen los sindicatos, la palabra *sindicato* significa únicamente *asociación*, razón por la cual no puede en absoluto constituir una doctrina, un fin, sino un medio.

Ese poquito de historia que conozco, me asegura que estos distintos tipos de *sindicato* existían desde la libre y federada ciudad de la antigua Grecia, que pasaron a la Roma pagana; que durante el terror psicológico de los primeros siglos cristianos asumieron un carácter

puramente religioso y eclesiástico, para regresar más tarde y asomarse en la vida civil de la Edad Media, donde se desarrollaron maravillosamente, y que extremadamente oprimidos por el surgimiento del Estado y por las exigencias de la gran industria naciente, levantaron furiosamente la cabeza afirmándose en la Primera Internacional. Esto con lo referente al trabajo.

El sentido común nos asegura que *los sindicatos* existían en la apagada, ignorada o semi ignorada sociedad del pasado remoto. Porque *son el producto espontáneo e inevitable de los antagonismos de clase y de los individuos*; antagonismos propios de cada sociedad humana irracional, la cual no sabe, o no quiere, armonizar el bienestar y los intereses de los individuos con los de la colectividad; y en la cual todos y cada uno buscan el propio bienestar no ya en la solidaridad y la igualdad, sino en el poder y la explotación.

Los distintos sindicatos son, por lo tanto, un producto de esta plaga constitucional sobre la cual se idearon las semicivilizaciones pasadas y por la que la civilización actual galopa hacia el precipicio. Se puede afirmar, entonces, que el «sindicato» proletario siempre ha existido (bajo diferentes formas y aspectos) y que existirá hasta que el ser humano haya superado la infelizmente imperfecta condición social que se encuentra en el origen —o no será más que mitigado y reducido a menos que una bestia—

de las funestas consecuencias de dichas condiciones sociales. *Y esto no significa, que el sindicato tenga en sí la virtud de resolver los problemas que asolan a sus miembros, más bien lo contrario.* Digamos entonces que de esta verdad incuestionable aquí expuesta, resulta evidente que el viejo sindicato no es el joven sindicalismo.

¿Cuándo aparece y qué es el sindicalismo?

Sabes bien que fue Sorel quien teorizó y organizó el sindicalismo. ¿Quién fue Sorel, y cómo, cuándo y dónde expuso su obra?

Sorel era un anarquista, al menos antes de entregarse al sindicalismo; nació y vivió en Francia. Al inicio de su actividad pro sindicalismo, las organizaciones obreras de Francia, casi completamente dominadas por el partido socialista, habían sido arrastradas por éste hacia la vía muerta del balotaje y de las tibias agitaciones para reformas y mejoras imposibles.

Sorel dijo entonces que seguir como borregos a los faquires parlamentarios —permanecer dividido en varias organizaciones neutrales, indiferentes de cuan hostiles sean las unas de las otras— no es ni sabiduría ni salud para el proletariado que se encuentra bajo el talón burgués y, aún así, anhelante de la liberación total. La acción directa, una sola unión, una consciencia y una educación proletaria: aquí los medios. La abolición de la propiedad privada, la administración social por parte de los obreros: he

aquí los fines. Eso decía Sorel, eso decían los demás defensores del sindicalismo. Por motivos históricos, ambientales, económicos y psíquicos fáciles de explicar, el sindicalismo arraigó en Francia y rápidamente se desarrolló y obtuvo un éxito temporal. No porque decidiese salir a conquistar el elemento obrero ya organizado, que más bien poco conquistó en este terreno, sino *porque sí obtuvo la adhesión de los parias del trabajo*. Luego atravesó el mar, los ríos y los montes que sellan y cierran Francia y se expandió por el mundo. Y consiguió lo mismo por doquier: no consiguió conquistar una fracción del proletariado ya organizado, sino que se formó de las nuevas organizaciones compuestas de elementos primitivos.

Como ves: todo lo que Sorel y los primeros sindicalistas dijeron no es más que una parte de lo dicho, mucho antes que los sindicalistas y los anarquistas de la Primera Internacional.

Los socialistas cambiaron rápidamente la cantinela, pero los anarquistas no se cansaron ni se cansarán nunca de repetir las más que buenas viejas razones, modificadas (lógicamente) por medio siglo de pruebas, de estudio y de experiencia.

¿Quién podría de buena fe negar lo que el sindicalismo extrae únicamente del socialismo y del anarquismo?

Pero, ¿el sindicalismo posee un proyecto, una visión propia para el después de la revolución que lo

distinga de las demás escuelas socialistas y le dé un carácter propio?

Por lo que sé, el sindicalismo, o mejor dicho los sindicalistas, buscaban una república social, como los viejos socialistas, como los mazzinianos¹ y, según parece, como los anarquistas en el pasado. Es verdad, el sindicalismo tiene desde tiempos recientes a sus teóricos intelectuales, que sudaron las proverbiales siete camisas para elaborar tonterías no siempre graciosas e inocuas. Estos *omenoni*² intentaron dar al sindicalismo un carácter, una fisionomía, un fin propio, aunque debieron recurrir al bagaje de las viejas escuelas para el nuevo ajuar, y un poquito de... pues sí, de germanismo que ahora se afinsa en el fascismo sindicalista nacional-romano de *il divo* Mussolini y de su digno... ruborizado Rossoni³.

Pese a la buena voluntad, así como a un muy piadoso como mezquino unilateralismo, estos teóricos de mangas largas, salieron mal parados de su irrealizable intento. De hecho: ¿dónde colocan a la agricultura, primera necesidad de la vida y base única de la sociedad? ¿Y es cierto eso de que el industrialismo

1 Seguidores de las ideas republicanas de Giuseppe Mazzini. [Esta nota y todas las siguientes pertenecen a la presente edición]

2 *Omenoni* son los telamones o atlantes, estatuas con figura de hombre que sirven de columna, sobre la cual descansa una cornisa o un entablamento, en la arquitectura helenística.

3 Vanzetti juega con la palabra *rossore* (ruborizado) y el nombre del político fascista Edmondo Rossoni.

poseía en sí mismo la virtud de mejorar y de hacer feliz a las personas? Además, ¿cuál es la escuela socialista que no intenta, al menos en su discurso, dar a los obreros la dirección de la industria?

Me podrás objetar que los socialistas promueven un Estado centralizado dirigido; los anarquistas hablan de comunas libres, libre asociación, iniciativas individuales; y que de ambas hipótesis emana el concepto de dirección directa de la industria por parte de la maestranza obrera.

Con respecto a los socialistas estatalistas y autoritarios, dejo hablar a los hechos *chorreantes* de lágrimas y sangre mezcladas con vergüenza. Con respecto a los anarquistas, digo rápidamente que ya sea en el caso de una comunidad libre, de una iniciativa industrial o de una libre asociación, lo que siempre está en juego son los trabajadores; después de la revolución está claro que todos deben ser productores en una sociedad de iguales.

Pero, ¿es cierto que los sindicalistas promueven para hoy, y para el después de la revolución, la autonomía? Donde la revolución no es más que un mero deseo, he conocido tanto a sindicalistas anarquistas como a sindicalistas socialistas, autonomistas y centralistas. Es más, he conocido a bastantes que, según los lugares, los tiempos y los vientos, primero pasaron por la autonomía, después por el centralismo, después nuevamente por la autonomía, después, accidentes

del después, apolíticos, después políticos, después... aquí lo dejo, para no parecer malintencionado. Y las masas siempre han seguido a sus malditos pastores...

En Rusia, donde la revolución triunfó, los sindicalistas combatieron al gobierno central sólo sobre el plano industrial y no sobre el plano de la autonomía local, mientras que los mencheviques, realmente extraño, combatieron junto a los anarquistas por la independencia de las comunas. Esto es cierto. ¿Entonces? Pues entonces el sindicalismo puede ser libertario o autoritario. Si es libertario es anarquismo, si es autoritario es socialismo. Debería seguir, pero acabo. Ya volveré sobre el tema.

Muy afectuosamente,

L'Adunata dei Refrattari, 24 de febrero de 1923

II

Las opiniones sobre el sindicalismo son numerosas, variadas y contradictorias. Tenemos a quien lo considera anarquismo, a quien lo considera socialismo, a quien, en definitiva, lo considera una doctrina en sí, con teorías, medios y finalidades propias.

¿Qué es en realidad?

Como ya he dicho en el primer escrito, entre los mismos sindicalistas hay quien lo considera libertario y quien lo considera autoritario; quien busca la autonomía sindical aquí y ahora, y quien busca la política del después de la revolución; quien busca la centralidad y el autoritarismo tanto para ahora como para después de la revolución.

El hecho es que son las personas las que hacen las doctrinas (por tanto, una vez creadas, son las doctrinas las que hacen a las personas), motivo por el cual el sindicalismo es, al igual que cualquier otra escuela teórica, lo que de éste hacen los sindicalistas y cambia según éstos cambian.

Las masas siguen a las personas más que a las ideas. El motivo es claro. Las masas se encuentran extremadamente sumidas en la ignorancia y continuamente aisladas de los problemas de la vida que no saben resolver. Entonces, es más que lógico que quien no sabe contar y tiene la necesidad de hacerlo, invoque y recurra al contable. Por esto el pueblo es la eterna víctima de los politiqueros, de los curas, del militarismo, de los negreros, de los malditos pastores, y en afrenta a la atroz experiencia milenaria no se decide aún a emanciparse, a caminar por sí mismo. Por lo tanto, allí donde los líderes sindicales han cambiado de camisa y han cruzado el Rubicón⁴, fueron ciegamente seguidos por los gregarios y de ahí a la llamada a votar, a la escisión, al apoyo a la guerra, tanto la de Libia⁵ como la mundial. Lo peor es que después de tantas volteretas y piruetas, renunciadas e incoherencias, después de haber recogido el fruto envenenado madurado por la traición de sus jefes y por su propia ignorancia, los gregarios, aún retrocediendo, se convencen de ser más conscientes,

⁴ Río de Italia, que discurre por la provincia de Forlì-Cesena y desemboca en el mar Adriático, que César decidió atravesar con su ejército después de muchas vacilaciones. Se utiliza la expresión «cruzar el Rubicón» como equivalente de «tomar una decisión atrevida asumiendo las posibles consecuencias».

⁵ La guerra de Libia, también llamada «campaña de Libia» realizada entre 1913 y 1921 es una de las etapas operacionales posteriores a la guerra ítalo-turca para garantizar la soberanía de la colonia italiana de Libia.

más revolucionarios, más cercanos a la verdad de lo que se encontraban antes. Esto vale tanto para el sindicalismo como para el socialismo. Para nombrarlo basta tan solo con citar el caso de De Ambris y la conducta de la Confederación Francesa del Trabajo durante la guerra. Cuando Marx arruinó la causa del proletariado introduciendo la conquista de los poderes públicos, sus gregarios, que durante años aprobaron la intransigencia revolucionaria, cambiaron también de opinión y le dieron la razón. Más tarde, cuando la errónea conducta redujo a los partidos socialistas a auténticos campos de Agramante⁶, las masas siguieron ciegamente a sus poco fiables caudillos allí donde sus intereses personales les condujera. Donde reinaba Ferri los súbditos siguieron a Ferri⁷; donde reinaban los Giuffrida y los Podrecca, los súbditos siguieron a los Giuffrida y los Podrecca⁸. Resumo y concluyo: el sindicalismo cambió y cambia de lugar en lugar y de época en época, según quienes

6 Referencia al proverbio «la discordia es un campo de Agramante» que tiene su origen en el poema «Orlando Furioso» (1516) del poeta renacentista Ludovico Ariosto.

7 Enrico Ferri, criminólogo y secretario del Partido Socialista Italiano, también director del periódico de su partido, *Avanti!*, que en sus últimos años se acercó al régimen fascista del cual fue nombrado senador poco antes de morir. Este giro hacia la derecha sucedió varios años después de estas cartas y de la muerte de Vanzetti.

8 Giuseppe de Felice Giuffrida fue un político y diputado socialista. Guido Podrecca político expulsado de partido socialista y posterior candidato del Partido Nacional Fascista.

lo encarnen y la naturaleza del momento histórico. Pues, sin embargo, para mí el sindicalismo no puede ser más que anarquismo o socialismo autoritario. Donde los miembros del sindicato buscan y luchan por la verdadera libertad, por la abolición de toda autoridad, el sindicalismo es anarquismo; pero donde los miembros del sindicato aspiran a la dictadura proletaria o a un Estado centralizado, el sindicalismo es socialismo estatal. ¿No te lo parece?

Tu dices que el sindicalismo es *apolítico*. Hay quien piensa lo mismo del anarquismo. Ese concepto me parece erróneo a menos que por «apolicismo» se entienda la simple negación del parlamentarismo y de otras formas de colaboración entre clases. El anarquismo tiene un fin político; sea lo que sea el sindicalismo, como doctrina económica debe tener un fin político.

Nosotros buscamos un cambio económico integral, y un cambio económico y social integral comporta y exige un cambio político total.

Porque la palabra *política* no sólo significa el arte de engañar y estafar al pueblo; política significa también *administración, relación*.

De hecho, *apuntamos a una forma de sociedad en la cual sea garantizada la libertad de los individuos, de los grupos, de las comunas y de las confederaciones*. En una sociedad más justa y racional, la política podría reducirse a un simple cálculo o a muchos cálculos. La

necesidad de representación desaparecería. Los únicos representantes políticos deberían ser aquellos requeridos por las *contingencias causales* y deberían ser destituidos por cada arbitrariedad, tener instrucciones concretas, deberían representar solamente a quienes los han delegado —digo delegado, no elegido— y ser revocables.

Esta es la parte política del anarquismo, para garantizar y proteger la parte económica. La tierra para el campesino, la mina para el minero, el barco para los marineros, los trenes para los ferroviarios y la fábrica para el obrero.

En otras palabras, nosotros los anarquistas queremos que los medios de transporte, las materias primas, la tierra y los instrumentos de trabajo pertenezcan a los trabajadores, quienes deben ser al mismo tiempo los productores y administradores de sus productos. Precisamente por esto somos políticos: negamos la actual forma política, y proponemos otra, la única que puede liberar a la tierra de las manos de los politiqueros.

Según tu, «el sindicalismo es una organización de la que forman parte hombres de distintas tendencias políticas y de diferentes credos, pero que aceptan, como objetivo principal del sindicalismo, la abolición de la propiedad privada y de las dos clases».

¿Crees tu que «hombres de distintas tendencias políticas y de diferentes credos» pueden aceptar «la abolición de la propiedad privada y de las clases»?

No, yo no lo creo; esto no es posible, porque ambas cosas nos llevan a una: o se está por la libertad y por el comunismo, o se está por la propiedad privada, la autoridad y la fuerza organizada en defensa del privilegio.

Ser un inconsciente no significa no ser un reaccionario y un deshonesto; significa por el contrario no tener consciencia de serlo, o de que una cosa se vuelve perjudicial, o que se cree y se espera que se vuelva una ventaja. Hablo de todos en general, pero de los trabajadores en particular.

Dices: «yo, en cuanto a finalidad, soy anarquista, pero como medio de lucha, te lo digo de verdad, me parece que el sindicalismo tiene el camino más fácil para llegar a la abolición de la explotación».

Y añades: «ya que la mentalidad obrera es negada a comprender un Ideal tan sublime y grande como el anarquismo, busquemos al menos hacerles entender que no deben ser siervos toda su vida».

Palabras de oro, pero la realidad no es del todo así; la realidad es más vasta, más profunda, más compleja, más oscura y también más bella.

Si hay algo que se aprende de la amarga experiencia de la vida, es que ya no hay trabajador, sea siervo o esclavo, a quien no le sonría la esperanza. El desmesurado afán de la vida ha roto las voces de los instintos del corazón y de la inteligencia, no la facultad de esperar y desesperar. La única diferencia es que la

libertad y la felicidad son perseguidas, por distintos caminos, buscada en cosas distintas, y con medios, con criterios y con concepciones opuestas.

De esta manera, mientras que el trabajador consciente rompe las cadenas del ánimo y de la mente, busca su liberación en la libertad y en la justicia, el trabajador corrompido hace de informante, de verdugo de sus compañeros de pena, busca y espera alcanzar el bienestar y la independencia en la explotación; y las grandes masas, oprimidas y debilitadas por la pena, por la miseria, por el embrutecimiento secular, inmersas en la ignorancia y la superstición, se acomodan indolentes al palo y al látigo, y obedecen ciegamente.

La tarea de los revolucionarios es preceder al proletariado en el camino de la emancipación, alumbrarles el camino, *llevando la antorcha de la verdad, predicando con el ejemplo.*

Debemos cultivar lo bueno que hay en el corazón de los oprimidos, e impedir la trama que la mala intención de los politiqueros y sus demagogos tiende a su paso.

Es imprescindible enseñar las verdades fundamentales del anarquismo, que cuando se las sabe enseñar son accesibles incluso a las mentes más simples de los humildes.

Tu crees en la organización y yo no. Pero no por ello recorro a la crítica fácil.

Tu crees y yo, por el momento, te digo de manera fraternal lo siguiente: continúa, observa, escruta, estudia, analiza y propaga la creída verdad. Pero recuerda que todo aquello que no facilita la revuelta y la libertad, las obstaculiza.

Cuando tenga un poco más de tiempo a mi disposición te hablaré de los sindicatos obreros, explicándote por qué no creo en su bondad.

Afectuosamente,

L'Adunata dei Refrattari, 24 de marzo de 1923

III

Después de mi segunda carta sobre sindicato y sindicalismo tu me escribes:

Tu juicio sobre el sindicalismo me parece injusto, y para probártelo, te enviaré algunos escritos anarquistas.

Claro que en mi opinión serías un «anarquista» en lugar de un «sindicalista anarquista».

¿Quién, por otro lado, no ve la pretensión de infabilidad? ¡Venga ya! A pesar de ello, estoy convencido de la veracidad de todo lo que he afirmado respecto al sindicalismo. Y el haber dedicado por lo menos quince años de estudio, de experiencia, de observación y de actividad en el movimiento obrero me han convencido de que es así.

Lo sé: una fe sincera, convencionalismos habituales, y quienes representan y expresan esto y aquello son siempre seres queridos para el corazón de todo gregario; y siempre es doloroso para sus oídos la crítica que ataca, analiza, escruta y sacude esa fe, esos convencionalismos y a esas personas.

Pero solo a través de la extraordinaria pasión del espíritu puede el hombre probar el gozo divino de acercarse, de conquistar la verdad. Y la verdad, ¡oh amigo!, es la emancipación. La verdad es la libertad, y cuanto más se emancipa la persona, más conquista la verdad fundamental de su ser y del ser universal.

Las exigencias del formato epistolar de esta disertación sobre el sindicalismo, me obligan a limitarme a las afirmaciones y a las constataciones de hecho.

Por lo tanto, dada también mi promesa de hablar de la Internacional Anarquista (¿¡!?) decretada en el congreso de Berlín (1921), reproduciré aquí gran parte de lo que sobre este congreso dice el compañero F. S. Graham, en su artículo «Che cosa aspettarsi da un altro Congresso Anarchico» [Qué esperar de otro Congreso Anarquista] publicado en los números 11 y 12 de *L'Adunata*.

Y lo hago con mucho gusto, porque además de confirmar y ampliar lo que ya he expuesto anteriormente sobre la relación entre el anarquismo y el sindicalismo, el compañero Fred Graham es un estudioso y un políglota, dos cualidades que lo hacen competente.

El Congreso Internacional Anarquista de Berlín no merece, por varios motivos, ser considerado como tal.

Aquí los motivos principales:

El Congreso de Berlín surge de una explícita declaración antimilitarista, pero pasó en silencio el intervencionismo de Piotr Kropotkin, Jean Grave⁹, y otros pocos pero eminentes anarquistas. Este hecho dejó la impresión de que el movimiento anarquista no fuese unánimemente contrario a la guerra. *Era necesario, por lo tanto, asumir un posicionamiento enérgico, preciso y unánime contra la guerra burguesa*, para contrarrestar las insinuaciones que nuestros enemigos tienden a crear contra el recelo de las masas. Esto no se hizo; y esa separación entre los anarquistas y las masas, creada por el intervencionismo de unos pocos compañeros, continúa.

El Congreso no explicó a las masas proletarias por qué y cómo se llevó a cabo *la breve colaboración de los anarquistas rusos con el gobierno bolchevique; el breve apoyo de los compañeros de distintas naciones (salvo excepciones) con el gobierno bolchevique; y la colaboración de los anarcosindicalistas*, quienes casi en su totalidad siguieron colaborando con el gobierno bolchevique hasta marzo de 1921. *Esa explicación era más que necesaria para reparar el daño causado al movimiento anarquista por el comportamiento de los propios anarquistas durante los primeros momentos de la Revolución rusa*, precisamente entonces, en pleno contraste con su finalidad y con la realidad, colaborando con la construcción de la tiranía roja, ofuscaron los principios

9 Se refiere al posicionamiento de éstos y un puñado de otros grandes nombres del anarquismo favorables a la participación en la guerra en pro de la alianza contra Alemania. Cfr. *Ante la guerra. El movimiento anarquista y la matanza mundial de 1914-1918*, publicado por esta misma editorial.

anarquistas, confundieron la mente de los humildes, y sacudieron la ya ganada confianza.

El Congreso de Berlín acoge (he hizo bien) a un delegado que representa a *un movimiento que renuncia al uso del terror* y denuncia la expropiación, la violencia, pero se mantiene un sibilino silencio, ni se aprueba ni se desaprueba. De esta manera el Congreso de Berlín facilitó a la Internacional Comunista proclamarse de cara al Proletariado Internacional como el único movimiento revolucionario, y tildar de pacifista al movimiento anarquista.

El Congreso no se pronunció sobre sí para liberar a los miles de compañeros anarquistas languidecientes en las cárceles capitalistas... y socialistas, no es más eficaz utilizar métodos revolucionarios mejores que los métodos legales.

Los anarquistas individualistas no fueron tratados como se merecían en el congreso. La acción que fue desplegada contra los anarquistas individualistas de Alemania, no podía provocar más que animosidad; y justifica los violentos ataques de la prensa anarcoidividualista de Italia, Alemania y España.

Con serena imparcialidad, el articulista atribuye la antedicha falta del Congreso de Berlín más a la naturaleza histórica del momento en el cual se desarrolla que a la culpa de las personas que lo constituyeron.

De todas maneras, los hechos continúan, y si a esto se añade la actual adversidad hacia el sindicalismo por parte de personas que antes lo aprobaban, y la obra deletérea y destructiva de la actual reacción

—el Congreso de Berlín se asoma como un acto de buena voluntad (en la mejor de las hipótesis) pero como una farsa histórica— de la que el más básico sentido común impide esperar nada.

Aquí, entonces, una breve y sintética exposición de los daños ocasionados al anarquismo por el sindicalismo. Graham dice:

Otra cuestión, probablemente fuente del mayor daño cometido contra el movimiento anarquista, ha sido *el sindicalismo*.

En Francia, donde tiene origen y mayor influencia, [el sindicalismo pasó de ser] una organización revolucionaria que debía precipitar la revolución social a una corporación de oficios. En sus filas se pueden encontrar muchos activos anarquistas que desde hace un tiempo son considerados como renegados por sus compañeros.

En Italia, el movimiento sindicalista se transformó de forma imprevista en un potente factor al final de la guerra. Se añade la influencia del regreso de Malatesta. Indirectamente el pugnaz sindicalismo le ayuda. Dos años más tarde, Malatesta se encuentra retomando su antigua y activa oposición al sindicalismo, además de dudar del valor de la participación de los anarquistas incluso en el simple gremio.

En Alemania, al igual que en Italia, el sindicalismo se reforzó al final de la guerra. También aquí el movimiento se benefició del ímpetu, gracias al apoyo del compañero Rudolf Rocker, que inicialmente lo rechazaba.

Tres años más tarde se ve al Congreso anarcosindicalista combatir a una oposición que recalca que ese sindicalismo se había vuelto una organización centralizada, que algunos de sus miembros participan en las elecciones políticas, ayudan a la Iglesia, y cómo la crítica es tomada por sus dirigentes.

Después de un meticuloso examen del carácter más o menos espurio del movimiento anarcosindicalista en España, en Argentina, en China, Bulgaria, Noruega y Holanda, Graham recuerda:

Y, por otra parte, debe ser recordado, como se demuestra en los acontecimientos citados, que en el curso de apenas veinte años el movimiento sindicalista se ha vuelto un calco de las organizaciones de oficios, y que los anarquistas que contribuyen a su formación no se vuelven más que dirigentes y capataces de estas organizaciones.

Y el Congreso de Berlín dio todo su apoyo al movimiento anarcosindicalista, volviéndose de esta manera un defensor moral de todas sus pretensiones en el mundo.

De esta cruda realidad surgen dos verdades muy dolorosas: la participación en el sindicalismo mina el carácter de los anarquistas, el anarquismo se empequeñece y deja de desarrollarse incesantemente según su naturaleza de doctrina universal.

¿Qué decir de la Internacional decretada en el Congreso de Berlín?

¡Es sumamente desmoralizador que hombres inteligentes como aquellos que participaron del Congreso puedan todavía, hoy por hoy, tener fe en la promulgación de una Internacional!

El sentimiento y la concepción del internacionalismo no pueden ser favorecidos por un decreto. El internacionalismo brota del corazón y de la mente humana, y cuanto más se desarrolla, se robustece y obra el individuo, más adquiere éste el saber y la sensibilidad. Educación, por tanto, y no decretos u órdenes del día, inútiles allí donde hay consciencia y voluntad, impotentes donde reina la inconsciencia y la ignorancia.

Tú dices:

Estoy de acuerdo con que el sindicalismo no es el sindicato, que no tiene un fin propio, que viene del socialismo y del anarquismo, y que no es más que un medio para llegar a la anarquía.

Para ti, sindicalista-anarquista, el sindicato bien puede ser sólo «un medio para llegar a la anarquía», pero para la mayoría de los sindicalistas, entre los cuales cuentan confesos y no confesos autoritarios que, de hecho, poco quieren oír de anarquía, el sindicalismo es una finalidad propia: se basta consigo mismo.

Como si el problema mismo de la vida se pudiese contener y resolver dentro de los estrechos límites de una incierta teoría socialista, como apunta el sindicalismo.

No puedo compartir tu opinión de que el sindicalismo es «un medio para llegar a la anarquía». Las razones ya las he expuesto, tanto en esta carta como en la anterior.

Pero tu continúas:

Nosotros, sindicalistas-anarquistas, acumulamos toda nuestra fuerza, mental y física, para alcanzar la abolición de la propiedad privada —causa principal de los males sociales— y aceptamos en nuestros sindicatos a todos los trabajadores que busquen llegar a ser ellos mismos quienes controlen sus propios productos, sin importar cual sea su credo. Y pienso que esto no es ni socialismo ni anarquismo.

Cada palabra tiene su significado, ¿cierto? Pues, para llamar a un sistema «anarquía» sería necesario que el mismo esté compuesto íntegramente por anarquistas. Pero si una vez abolida la propiedad privada, la mentalidad de la mayoría aún permanece alejada de la bella filosofía anarquista, ¿cómo llamarías a dicho sistema?

Reflexionando sobre el significado del citado pasaje de tu carta, creo que quieres distinguir al sindicalismo del socialismo y del anarquismo, no por su diferencia teórica ni por la diferencia de sus métodos y fines, sino porque:

1. Aceptáis en vuestros sindicatos a todos aquellos trabajadores que quieran ser ellos mismos quienes controlen sus productos, sin importar cual sea su *credo*; y esto no es ni socialismo ni anarquismo.

2. Porque tu pronosticas un periodo transitorio del *después-de-la-revolución*, durante el cual si «abolida la propiedad privada, la mentalidad de la mayoría aún permanece alejada de la bella filosofía anarquista», esto no sería ni socialismo ni anarquismo.

Estas afirmaciones tuyas merecen ser discutidas y dilucidadas, pero puesto que tu última carta me ha llevado a divagaciones y reafirmaciones, y como ésta ya es demasiado extensa, dejaré la discusión para otra carta mía, apenado por no haber podido mantener la promesa de concluir el tema en ésta.

Afectuosamente,

L'Adunata dei Refrattari, 7 de julio de 1923

IV

Como recordarás, al final de mi última carta cité algunos párrafos de una de tus respuestas. Tracé una conclusión y acabé afirmando cuestiones que merecen ser aclaradas y discutidas. Dado, sin embargo, que he tardado tanto, sería bueno que lo reproduzca antes de comenzar con la discusión y la aclaración.

Entonces:

1. «Nosotros, sindicalistas-anarquistas, acumulamos toda nuestra fuerza, mental y física, para alcanzar la abolición de la propiedad privada —causa principal de los males sociales— y aceptamos en nuestros sindicatos a todos los trabajadores que busquen llegar a ser ellos mismos quienes controlen sus propios productos, sin importar cual sea su credo. Y pienso que esto no es ni socialismo ni anarquismo.»

2. «Para llamar a un sistema “anarquía” sería necesario que el mismo esté compuesto íntegramente por anarquistas. Pero si una vez abolida la propiedad privada, la mentalidad de la mayoría aún permanece

alejada de la bella filosofía anarquista, ¿como llamarías a dicho sistema?»

De estas argumentaciones tuyas, deduzco que para ti el sindicalismo sería «un medio para abolir la propiedad privada; una vez la revolución venza, un medio para llegar a la anarquía».

Y ahora que hemos refrescado la memoria, vamos a ver si tus razonamientos responden a hechos reales, a la verdad, y si el sindicalismo realmente es el providencial medio que tu crees que es.

El primero de los dos párrafos antes reproducidos es similar a uno de tu carta, en respuesta al cual yo comencé esta modesta disertación sobre *sindicato y sindicalismo*, con la intención de demostrar, principalmente, que el sindicalismo sólo puede ser o bien socialismo autoritario, o bien socialismo libertario: anarquismo; y que el sindicato no es el sindicalismo. A continuación, forzado por la naturaleza misma del tema y por las consecuencias lógicas del razonamiento, demostré que, llevando a cabo hechos inaceptables, los sindicatos obreros, compuestos por sindicalistas, se redujeron y se reducen todos —como dice el compañero Graham— a «un calco de las organizaciones de oficios, y que los anarquistas que contribuyen a su formación no se vuelven más que dirigentes y capataces de estas organizaciones». Aquí aprovecho para recordar que la Primera Internacional, cuyo contenido era muy superior al de las organizaciones aparecidas después, degeneró bien

pronto, alimentando la victoriosa patraña socialdemócrata. También la American Federation of Labor, en sus comienzos, era mucho más revolucionaria que el sindicalismo de hoy, o más precisamente, que sus sindicatos. ¡En qué se han transformado, ya todos lo sabemos! Incluso la Unione Sindicale Italiana estaba afectada por luchas intestinas, por conflictos de ideas y de principios de aquellos que la representaban. Y sin los extraordinarios y repentinos sucesos de la vida nacional italiana que destrozaron al movimiento proletario italiano, muy probablemente hubiésemos tenido que asistir «a un giro hacia la derecha» de dicha organización. ¡Giro hacia la derecha!

Cada página de la historia tiene su «giro hacia la derecha». Es el eterno engaño al pueblo y a los parias. Es el engaño a la buena fe, a la simplicidad, al heroísmo, al sacrificio de los miserables a cuya piel y sangre generosa deben su triunfo todas las revoluciones. Es el resultado inevitable de toda causa que no rompa definitivamente con el pasado, que quiera conservar el privilegio y la autoridad.

Siempre es posible engañar a los pobres, o más bien los pobres se engañan a sí mismos y en nombre de una supuesta nueva libertad se forjan nuevas cadenas para sus muñecas; y en nombre de una nueva supuesta libertad aceptan el viejo fraude, rebautizado y revestido como nuevo por los revolucionarios del «quítate de ahí que me coloco yo».

¿Por qué? El motivo está claro como el agua para quien, sin haber meditado sobre la historia conoce un poquito la mentalidad de los humildes. Pero aquí las ilustraciones históricas, y la investigación psicológica, social, histórica y natural de este fenómeno no son posibles. Por lo cual me limito a invitar a todo revolucionario sincero a reflexionar sobre esta verdad histórica, no sólo poco conocida, sino incluso alegremente, deplorablemente renegada y escondida por el funesto fascismo histórico de ciertas escuelas socialistas y, por qué no decirlo, también de ciertos anarquistas.

Pero si esto es cierto —sólo por ignorancia y mala fe se podría negar—, discutir si el sindicalismo es un medio para acelerar la revolución y la anarquía sería simplemente absurdo.

Y además, ¿es cierto que aceptáis en vuestros sindicatos «a todos los trabajadores que busquen llegar a ser ellos mismos quienes controlen sus propios productos, sin importar cual sea su credo»?

No, amigo, no es así. El *obrero* que se encuentra arrojado desde los borrascosos acontecimientos de la vida de los pobres en una población en la que los trabajadores se organizan en una de las tantas organizaciones reaccionarias actuales —todas fueron revolucionarias en el pasado— *debe comprar el carné y pagar la cuota mensual si quiere conservar el trabajo. Lo mismo sucede, exactamente, en un lugar donde la organización es reformista, socialista,*

comunista, católica, anarcoide o, al fin y al cabo, fascista. Y el sindicalismo no hace excepción a la regla, por el contrario, los sindicalistas mismos excluyen a priori la política de sus sindicatos, los cuales deben ser puramente económicos. Como si la «política» y la «economía» no fuesen partes integrantes e indisolubles, aunque variables, de todo ordenamiento social. ¡Pero, aceptar en sus sindicatos «a todos los trabajadores que busquen llegar a ser ellos mismos quienes controlen sus propios productos, sin importar cual sea su credo»!

Por otra parte, sólo no cumpliendo con los propios principios se vuelve posible organizar a los trabajadores en masa, especialmente en organizaciones que son o pretenden ser socialistas o revolucionarias, porque la mayor parte de los trabajadores es más conservadora que la burguesía. Así vemos a los subversivos obligados a inscribirse en organizaciones reaccionarias, y a obreros reaccionarios obligados a inscribirse en organizaciones que dicen ser revolucionarias, incluso sabiendo que están compuestas, al menos en un 75 por ciento, de obreros conservadores, reaccionarios.

Desgraciadamente, si bien es posible, es más bien fácil sin embargo reunir a las borreguiles masas humanas bajo la guía infiel y las embusteras promesas de los malos pastores o, también, de los buenos pastores —en este caso el mal es peor—, *no*

es posible hacer actuar a estos rebaños humanos cuando el momento y los hechos lo requieren, cuando duele la derrota y la vergüenza.

Y aquí repito la pregunta que ya he respondido en una carta anterior:

¿Nunca será posible que los trabajadores, sin importar su credo, quieran ser ellos quienes controlen sus productos? ¿Jamás será posible que los explotados, embrutecidos por milenios de esclavitud, envenenados por una milenaria y sistemática inculcación de errores que desfiguran, desde los orígenes, las facultades del espíritu, inmersos en las tinieblas de la más espantosa ignorancia, incapaces de un concepto de libertad y justicia más real, y de los medios con los que traducir estas inspiraciones en realidades actuales en la vida, a cada hora y a cada día, pervertidos por el mal ejemplo que viene desde lo alto, atormentados por insanos apetitos, debilitados y absorbidos cotidianamente por la inhumana batalla por las más elementales e imprescindibles necesidades de la vida, ¿sería posible que estos puedan querer, o buscar ser ellos los que controlen sus productos? ¿Sería posible ser cosacos, vandeanos, esclavos y esclavistas y querer al mismo tiempo realizar el socialismo libertario, primera etapa hacia la emancipación del trabajo, del proletariado y de la humanidad?

Pelea por la verdad, golpea el pecho, el cráneo, las costillas de los modernos ilotas, de los pervertidos

por el urbanismo, acerca el oído al sordo estruendo y te convencerás de lo contrario.

Obsérvalos, escúchalos, interrógalos sin hacerte notar y te convencerás de que todo esclavo sufre y espera su emancipación personal de la condición de productor explotado, pero su salvación la busca en la explotación, el espionaje, el robo y el fraude legal; puesto que le falta coraje para desafiar la ley, busca su salvación en el lupanar, en la taberna, en la lotería, en el violento partidismo político, en la guerra: en todo menos en la abolición de la explotación y de la opresión, en la revolución y la anarquía.

Porque si el proletariado hubiese estado mental y moralmente emancipado, ya habría hecho su revolución; y si ahora lo estuviese, haría su revolución.

Porque, una de dos, o el proletariado es más fuerte que las clases explotadoras, tiránicas y corruptas y tiene por justicia natural y por función social el derecho y la razón, o bien, nos hemos equivocado y estamos por error condenados por la fuerza misma de las cosas, y debemos redimirnos y reconocer las necesidades del patrón que explota, del gobierno que oprime y del cura que engaña.

Pero bien sabemos que la primera de las hipótesis es la verdadera, ¿no es cierto?

Y entonces, si los esclavos tienen mayor fuerza física que los negreros y sus verdugos; si la razón, el derecho y la salud están en nosotros y con nosotros;

si cada pobre anhela emanciparse de la bestial fatiga, de la angustia y de la humillación a la cual la sociedad de los ladrones condena a quienes sudan por su pan, y para tal fin recurre a todos los medios que puede, que conoce, y de los cuales espera y confía—incluso los más innobles, violentos y erróneos—, convirtiéndose así en ciego instrumento de los asesinos de la burguesía a la cual inconscientemente se aúna y perpetúa; si es cierto que, al fin y al cabo, las instituciones revolucionarias del proletariado degeneraron y fueron suprimidas: nos toca a nosotros, los revolucionarios, la tarea de estudiar las causas, los factores y los elementos de este fenómeno social, adentrarnos en la íntima naturaleza, y afrontarlo tal como nuestra causa y su fin supremo lo exigen.

L'Adunata dei Refrattari, 17 de noviembre de 1923

V

En el breve prefacio de su bello libro *La mente en formación*, James Harvey Robinson dice lo siguiente:

Entonces, mi idea es que todas las fugas de la realidad actual y de aquello que Desjardin considera supremo, el deber presente, son ahora, como nunca antes en la historia, débiles y cobardes deserciones del deber del ahora, desperdicio de energía preciosa, y lo que quizás sea lo peor de todo, son un síntoma de baja moralidad personal o cívica, o de ambas. La verdadera grandeza consiste únicamente en ver cada cosa, pasada, futura o lejana, en los términos del *aquí* y el *ahora*, es decir, en la facultad de *presentificación*.

Correcto, dirás tu, pero cosas viejas; y apunte de la experiencia histórica del socialismo en todas sus versiones, tras su fe, razón de ser y viático hacia su victoria. De acuerdo, es verdad. ¿Pero, qué prueban los hechos? ¿Qué nos dice la realidad del *aquí* y del *ahora*?

Para responder de manera más precisa a esta espinosa y compleja pregunta, y arrastrar de la amarga

experiencia del pasado y de la pasión del presente la más severa advertencia y la más profunda lección, dividiré arbitrariamente la historia en tres periodos: todo el pasado histórico y prehistórico hasta la Primera Internacional; desde la Primera Internacional hasta la Guerra Mundial (1914); y desde 1914 hasta 1923, el año actual.

Entonces, la prehistoria nos enseña que antiquísimos pueblos se elevaron hasta la más alta civilización para luego desaparecer y decaer hasta la más baja degradación.

La historia nos enseña que los pueblos siempre lucharon contra la opresión y la explotación. El budismo, el cristianismo, la insurrección espartaquista, la Reforma, el Renacimiento, la Revolución Inglesa, la Americana y la Francesa, la Revolución por la independencia de Italia y de Grecia, el actual movimiento insurreccional de India, de Marruecos y de otros pueblos sujetos a las grandes potencias de Europa, están ahí para dar prueba de ello. Pero todo se reduce a un cambio de nombre, de forma, de formalidades, de medios, o de amo, o mejor dicho, de unión de amos, ya que los viejos se unen a los nuevos.

Esto debería habernos impedido gritar y pensar que el advenimiento del socialismo era... inevitable, que la burguesía corre hacia el suicidio, mientras que, en cambio, es siempre el populacho el que paga la cuenta.

Es necesario decir, pues, que sobre este asunto los anarquistas lo vieron más claro que sus «adversarios científicos».

La Primera Internacional fue, en sus comienzos, revolucionaria en el verdadero sentido de la palabra, es decir, anticolaboracionista, política y económicamente socialista, e insurreccionalista. Luego es *contaminada por el marxismo*: conquista de los poderes públicos, colaboracionismo, cooperativismo, programa mínimo, socialdemocracia y esas cosas.

Por último aparece el sindicalismo, creación de anarquistas y socialistas insatisfechos o inquietos, para juntar en sus filas al subproletariado. ¡Y también tuvo éxito!

Y el anarquismo, muy lejano a la psicología y a la comprensión de las masas, por demasiado innovador y heroico, tuvo que sufrir.

Perseguidos despiadadamente por la burguesía, ridiculizados y combatidos con todas sus armas y medios por socialistas y sindicalistas, incomprendidos por las masas a las cuales se le prometía jauja y paraíso a cambio de un carné o un voto: ¿como podían los anarquistas conquistar y educar a las masas?

Muchos se apartaron; otros, al no poder crear al hombre perdieron el tiempo con vanos intentos de crear el superhombre; o a deleitarse con Zaratustra y entretenerse con las paradojas de Stirner. Sin embargo, la historia del proletariado es una historia

refulgente de acciones anarquistas; valiosos conocimientos de la naturaleza humana manan de sus especulaciones; su movimiento se fortalece; y lo que es quizás más importante, llegó a comprender que *para vencer es necesario romper con todo el pasado, es necesario liberar al proletariado de los lazos, de las trabas, de las ilusiones y del engaño del unionismo obrero.*

¿Y entonces?

Entonces, cuando el socialismo contaba por millones a sus partidarios en cada nación, cuando abastecía a la burguesía con presidentes para las repúblicas, cuando había creado un erario de cooperativas, de prensa, etcétera, cuando también el sindicalismo había triunfado, estalló la *guerra mundial.*

¿Qué nos dice este último decenio? ¿Qué nos enseña la gran guerra que aún perdura atenuada únicamente por la fuerza misma de las cosas y que madura hacia un conflicto más vasto aún?

¿Y después de la guerra, qué nos dice, qué nos enseña? ¿Qué prueba la Revolución rusa, la cual, después de haber hecho disipar al capitalismo ahora gratamente lo reclama? ¿Qué prueba la victoriosa Revolución alemana acaparada por los socialdemócratas y cristalizada en una república burguesa? ¿Que nos dice la violenta represión de las masas y de los revolucionarios por parte de los comunistas rusos y lo socialdemócratas alemanes? ¿Que nos dicen las derrotadas revoluciones de Finlandia, de Hungría,

de Italia, de España y de Bulgaria? ¿Qué nos dice el fascismo en Italia? ¿La dictadura militar en España, en Hungría, en Rusia, y la que crece en Francia, en Alemania, en Grecia y otras naciones? ¿Qué testimonian las masas pasadas a la reacción, la libertad estatutaria suprimida, las instituciones proletarias destruidas, qué dicen nuestros muertos por el fuego y el hierro burgués, los cientos de miles de nuestros prisioneros, de nuestros exiliados y prófugos? ¿Y la traición, la mala fe y la vileza de los jefes, y el miedo, el terror, el desorden y la inconstancia de las masas hambrientas, andrajosas, masacradas y todavía no revolucionarias: qué nos dice todo esto?

¿Cuáles son las personas y los partidos socialistas que, incluso debiendo admitir la actual derrota, reconocen los errores del pasado?

Puede que alguna mosca blanca diga lo que piensa; pero en general los partidos socialistas, socialdemócratas u obreristas, continúan con los viejos errores.

Sólo el sindicalismo —después del experimento ruso y el «giro hacia la derecha» de algunos grandes sindicatos— *ha caminado hacia el anarquismo, pero más por obra de los anarquistas que de sus miembros. Pero este libertarianismo me parece ficticio e incoherente.*

Para hablar de desarrollo, de errores pasados, de necesidad de mejoras teóricas y tácticas, sólo están los anarquistas: «Queremos evolucionar, afinar, perfeccionar los métodos y la táctica de la anarquía, y

buscar y encontrar el camino de la verdad y de la libertad [...]», dice un escrito del Aggruppamento Autonomo Universale «Anarchia», anunciando la publicación del *Messaggero della riscossa* (ver *L'Adunata dei Refrattari* número 14). Y otro grupo de compañeros, deseosos de dar vida a un periódico anarquista llamado *Fede*, difundió desde Roma un bellísimo comunicado en el que decían:

Teniendo que volver a comenzar, por lo tanto, vemos la necesidad de reexaminarnos, de juzgarnos a nosotros mismos; de aclarar nuestros pensamientos, de liberarnos de todos los pesos y de todos los oropeles que nos paralizaron cuando nuestra voluntad podía contar con una fuerza determinante.

Y está bien. También esta vez los anarquistas, menos culpables y más golpeados que nadie, son los primeros en reconocer de manera anarquista sus deficiencias y errores, e intentan reparar el daño sufrido, y mejorar.

Sin embargo hace tanto tiempo que afirmamos que muchos de los que se dicen o se creen socialistas no lo son, que la socialdemocracia es y será el último bastión del capitalismo, que el socialismo autoritario, como lo quieren los marxistas de todo calibre, no es factible, que el cooperativismo, la conquista de los poderes públicos, el autoritarismo y el unionismo obrero arruinaron al proletariado. Hoy los hechos nos dan la razón.

Pero tu insistes: aceptar «en nuestros sindicatos a todos los trabajadores que busquen llegar a ser ellos mismos quienes controlen sus propios productos», etcétera «no es ni socialismo ni anarquismo».

Es cierto; pero eso tampoco es sindicalismo, si por sindicalismo se entiende una doctrina socialista: es simplemente «corporativismo obrero», tanto más y mejor en la medida en que nadie le pide a los miembros del sindicato «llegar a ser ellos mismos quienes controlen sus propios productos» si buscan adherirse.

Llegará el momento en el que la historia dará su veredicto sobre esta plaga del proletariado de hoy, y el estudioso, más que de la ceguera de las masas y de la perversidad y la traición de sus jefes, se impresionará de la fe que tantos sinceros revolucionarios tuvieron en el unionismo obrero. Pero nuestro deber presente es despejar de todo obstáculo el camino hacia la Revolución Anarquista.

Y por hoy es suficiente. En una carta próxima responderé al segundo párrafo.

L'Adunata dei Refrattari, 24 de noviembre de 1923

VI

Pasemos ahora a discutir tu segundo párrafo en que afirmas y preguntas:

Pues, para llamar a un sistema «anarquía» sería necesario que el mismo esté compuesto íntegramente por anarquistas. Pero si una vez abolida la propiedad privada, la mentalidad de la mayoría aún permanece alejada de la bella filosofía anarquista, ¿cómo llamarías a dicho sistema?

Analizando el sentido de tu párrafo y retomando el curso lógico del pensamiento humano, es decir, partiendo de tus afirmaciones y conclusiones para encontrar las promesas y las razones de las cuales brotan se puede (o más bien se debe) deducir que tu:

1. Crees imposible llevar a cabo la anarquía hasta que todos, o la gran mayoría, sean parte de la bella filosofía anarquista.

2. Ves posible la abolición de la propiedad privada en una sociedad no fundamentada en el socialismo integral, base económica del anarquismo.

3. Piensas que la revolución futura, antes de llegar a la anarquía, verá cristalizado su desarrollo hasta cierto punto; piensas que sus instituciones transitorias se fijarán, dando lugar así a un imperfecto Estado social que más tarde tendería hacia la anarquía.

4. Finalmente parece que ves en la fase actual de la doctrina anarquista y en su concepción social, la perfección y la aspiración humana definitivas.

Si es así, si las opiniones que se traslucen de tus palabras son como yo las entiendo, estoy obligado a decirte que son erróneas, contrarias a la esencia misma de las cosas, a toda experiencia histórica y vivida y, además, extremadamente peligrosas y nocivas para el futuro de nuestra causa. Intentaré demostrártelo.

Si para ser «anarquista» un sistema debe estar compuesto solamente por anarquistas, entonces debes dejar de llamar «capitalista» al sistema actual, ya que éste no está compuesto exclusivamente por capitalistas de hecho o de principios. Por el contrario, la mayoría no es capitalista.

Pero hay más en lo que respecta a los sistemas políticos de dicho capitalismo: en Francia gobierna la república; en Italia la monarquía; en Rusia hasta hace poco la autocracia y ahora el bolchevismo. Sin embargo en Francia no son todos republicanos, ni en Italia todos monárquicos, como tampoco eran todos zaristas en la Rusia de la época del Zar ni son todos

bolcheviques ahora en los buenos tiempos de la dictadura del... bolchevismo. Pues, sigue siendo cierto que el sistema económico es capitalista; Francia es republicana, Italia es monárquica, etcétera, pese a los tantos disidentes y oponentes. ¿Por qué?

Porque con su revolución, la burguesía ha destronado a las viejas tiranías; por aquí la han cambiado por una república, por allí por una monarquía constitucional, para luego absorber para sí las viejas instituciones y las clases que las llevaron adelante, y convertida para su defensa y a su servicio la antigua violencia organizada: la policía y el ejército al mando de los Estados políticos de la burguesía, creados para autoproclamar la legitimidad de su dominio y su mando, y para defenderlas a hierro y fuego allí donde el engaño y la mentira civil y religiosa eran inadecuadas para mantener a los esclavos postrados en la resignación cristiana y en la obediencia a la ley de los patrones.

La naturaleza del sistema capitalista y de sus diferentes formas de gobierno —el cura, el policía, el verdugo— es tal que busca tender a la perpetuación de este sistema «por consecuencia histórica» o «por el curso histórico natural» como dijeron algunos, a menos que se oponga, bien entendida, la rebelión abierta, la cual deberá ser superior en fuerza física y mental a la fuerza física e intelectual de la restauración de aquellas viejas formas. Así que yo creo

que si se llega a abatir el capitalismo y el Estado —aplastarlos de una manera u otra— y a organizar la producción, la distribución, el intercambio y la locomoción sobre bases económica y políticamente libertarias (libre entendimiento e iniciativa, y comunismo) podríamos correctamente llamar «anarquista» a un sistema así, sin importar cuan defectuoso e imperfecto éste fuese.

Porque sobre esta base, en el anarquismo, tendería naturalmente a progresar en sentido anarquista.

Sólo de esta forma sería posible un periodo transitorio de la futura —y presente ya— revolución social, en la cual, de hecho, la propiedad sería abolida pese a que la mentalidad de la mayoría fuese todavía lejana a la bella filosofía anarquista. Porque si después de haber vencido a la burguesía, sus Estados y socializar el capital privado, nosotros y el pueblo, permitiésemos a cualquiera de los distintos partidos revolucionarios, pero autoritarios y estatistas, acaparar la revolución, si permitiésemos formar —aunque sea en nombre de la revolución misma— un nuevo Estado, una nueva autoridad con sus leyes, sus prisiones, policías, verdugos y ejércitos, ¿sabes tu que sucedería?

Sucedería lo que siempre sucede y siempre sucederá en una situación así: el nuevo gobierno se apropiará rápidamente de las riquezas sociales y con esta riqueza reclutará a todos los represores de antes de

la revolución, todos los mercenarios, y con ellos, en nombre de la revolución, el nuevo gobierno revolucionario para empezar suprimirá, uno tras otro, a todos aquellos revolucionarios que no estén de acuerdo con ellos, y luego, cuando las inevitables consecuencias negativas empujen a las masas a la revuelta, suprimirán en masa también a las masas.

Así sucedió en Francia, durante la gran revolución que condujo a Napoleón. Sucedió así también durante la revolución socialista rusa que, después de Lenin-Robespierre, hacia allí se direcciona, y con la alemana que se encamina hacia una dictadura militar en nombre del kaiser y por el kaiser, o cualquier nombre que lo sustituya.

Es necesario que las masas se compenetren en esta verdad que, por imposible que parezca, es desconocida por muchos obreros sinceramente revolucionarios, si queremos realmente triunfar en la próxima revolución.

Por lo tanto, dado también que yo no puedo hacer otra cosa que garabatear, he decidido reproducir aquí unas palabras mejores y más informadas que yo sobre el *problema revolucionario* para validar mi tesis y agregar algo más.

Aquí algunos pasajes del artículo «Accidenti agli Scioperi!» [¡Caray con las huelgas!] de Old Man, publicado en *Cronaca Sovversiva*, año I, número 3, nueva serie:

[...] entre nosotros es evidente que la revolución social es algo más que un postulado doctrinal o una orientación política; es mediante la acción concreta que se lleva a cabo la gran transformación económica que hará posible la renovación que más directamente las conecte, es decir, la abolición de todo organismo de autoridad, y antes que cualquier otro, del Estado.

La historia nos enseña, por una parte, que sería pueril extraer de la revolución la idea fastuosa y simplista que los despreciables pastores cultivan entre las masas, la cual afirma que nosotros —los de nuestra generación— haremos la revolución, solucionaremos rápidamente todo y controlaremos el mañana inmediato, por lo cual tendremos que disponer desde ya de los organismos económicos correspondientes, y con ellos de las jerarquías políticas a través de las cuales tomará cuerpo y forma inmediata la dictadura soberana de las clases proletarias.

Han pasado 130 años desde el día en que el Constituyente publicó la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, y la igualdad política ratificada desde el primer gran acto de la Revolución francesa permanece siempre como una aspiración muy alejada de la realidad. Y no se trataba ni se trata más que de conquistas formales, de vacíos de carácter político.

Imaginemos cuánto duraría una revolución que sólo quisiese cambiar de una casta a una clase los derechos, los poderes, las hegemonías políticas, sino alterar los intereses fundamentales sobre los cuales el orden actual se sostiene, traduciendo en la realidad

de las relaciones cotidianas estos derechos por igual para todos y cada uno, a la existencia concebida en su significado más amplio, en el máximo desarrollo imaginable de toda energía individual y colectiva.

No tenemos en modo alguno la intención descartar que durante la guerra contra la burguesía se deba establecer la producción y la distribución de los productos, alimentar la revolución en el momento que haya necesidad de todos sus recursos, atender sus resultados prácticos y al mismo tiempo dar una promesa sensata a las masas, con el bienestar inmediatamente realizable, de aquello mayor y más estable que será asegurado a todos con su triunfo definitivo.

*Pero descartemos, en el sentido más categórico, que tales intenciones puedan asumir un carácter definitivo, y que sobre organismos de naturaleza absoluta y funciones provisorias hubiese que constituir, que asentar una forma cualquiera de gobierno. Tanto más peligroso que hasta ahora los soñadores de las inminentes dictaduras pretenden — en el nombre de la representación que los constituye servidores y mandatarios del proletariado — erigirse amos; los nuevos amos que pretenden el lugar de los viejos con la misma absurda petulancia y ávidos de subordinar la voluntad de los individuos, sus razones, sus puntos de vista a los deseos superiores de la colectividad por ellos resumida y representada; un jacobinismo idiota y feroz que el nobilísimo idealismo y los heroicos holocaustos de la revolución lo traducirían en el *quítate de ahí que me coloco yo*, en el que han acabado todas las revoluciones políticas habidas, con el amargo desencanto de los anunciadores y de los generosos artífices.*

Tan intolerable que cada uno de nosotros entiende el valor y las funciones de los partidos y su absoluta incapacidad de hacer la revolución.

Y ya que me parece que desconoces a las minorías como factor histórico y la intervención y la capacidad de las masas para hacer y desarrollar la revolución, escucha otro fragmento del mismo artículo «Accidenti agli Scioperi», que trata sobre la génesis y el desarrollo de las revoluciones:

Quien estudia los fenómenos revolucionarios descubre fácilmente el proceso: la protesta precede al pensamiento; el pensamiento se elabora, se integra, destella, dibuja en las almas privilegiadas el ardor de la fe que enciende el rostro en las almas de los precursores, el relámpago del que se ilumina la falange de los seguidores. La rebelión individual es el pródromo de la insurrección colectiva, cuya alma, donde sea permeada de un sentido más alto de verdad y justicia, se vuelve el alma de la estirpe, de la era, del nuevo orden que madura y se asoma en el horizonte de la historia, rompiendo todo vínculo con el orden superado: se convierte en revolución.

Aquí omito, para abreviar, las prosa histórica de la revolución nacional italiana, expuesta sintéticamente por el autor para sostener su tesis y me limitaré a la exposición histórica del movimiento socialista-anarquista.

Babeuf, que se corta la garganta en presencia de los jueces, es la primera protesta contra los acaparadores de la gran revolución. Medio siglo más tarde las manos de Proudhon se vuelven un acto de protesta contra la propiedad individual; Marx, Bakunin, Cafiero, van hacia la plebe; Cartagena, Benevento, son las primeras etapas, luego el idealismo lejano, confuso, genérico toma consciencia en el seno de la Internacional. El movimiento rápidamente se escinde: por un lado se exagera el sentido de colaboración con la clase dirigente, por el otro se acentúa la rebelión iconoclasta. «¿La propiedad es el enemigo?» Y se ataca la propiedad en las cajas fuertes.

«¿El enemigo es el Estado?» Y se ataca a sus símbolos coronados; el santo oficio superviviente en los inquisidores, el orden burgués en todas sus grietas, la moral burguesa en toda su hipocresía; y en el aire pasan fantasmas resplandecientes, Ravachol, Angiolillo, Bresci y Czolgosz, maldecidos por los perturbados dioses del Olimpo, maldecidos y renegados con igual furor por las temerosas y obsoletas fraternidades revolucionarias.

Pero la herejía se convierte en doctrina, el acto individual impregna con sus perdiciones satánicas a las multitudes; las huelgas compuestas de pequeños grupos resignados a cruzarse de brazos, se convierten en insurrecciones audaces con las grande masas que se unen en la fábrica, en la provincia, en la nación, para asaltar al enemigo en sus cuevas, acelerar su derrota, la discreta rendición de la cual podemos presentir la fatalidad y el plazo límite.

También aquí (de nuestra parte) la revuelta individual, la insurrección colectiva, la revolución.

Pero desde principios de 1920, cuando estas palabras fueron escritas, hasta ahora las cosas han cambiado mucho, para peor, y la capitulación del enemigo que entonces parecía cercana hoy se encuentra más lejana que nunca.

Tu conoces bien la psicología revolucionaria de la mayoría de los pueblos europeos de entonces. *Eran las masas las que empujaban a los partidos hacia la revolución, que los obligaban a ser, o a fingir ser revolucionarios.*

Entonces en Italia eran revolucionarios, a su manera, incluso los curas. Los socialistas, un poco por fuerza, un poco por amor, un poco por especulación electoral, mascullaban también sobre la revolución. La socialdemocracia estaba obligada a beber o a ahogarse en la montante marea revolucionaria, por la cual ésta seguía la oleada general esperando poder cristalizar las revueltas de sus masas indóciles en un constituyente burgués. Y los republicanos estaban preparados para pelear por su república.

¡1923! Ahora, en cambio, las masas son desconfiadas, están corrompidas, en parte por la reacción. Al corriente de lo que sucede en Rusia o en Alemania, ningún partido autoritario querría aventurarse en una revolución si no tiene asegurada de antemano la

posibilidad de llevarla a cabo con la correa de su programa y acaparar la victoria para ascender al poder. Estos partidos autoritarios nunca fueron, como ahora sí lo son, contrarios a la revolución. Cumplen la función de muros de contención de esas masas sin las cuales la intervención revolucionaria es imposible. La revolución social no la quieren más que los anarquistas y los anarcosindicalistas. Pero seguramente, cuando el buen tiempo se acerque, volverán a ser revolucionarios también los otros, por especulación electoral y sed de dominio, para hacer perder tiempo a la revolución, para acapararla. Por lo tanto, hoy estamos solos.

Afectuosamente,

L'Adunata dei Refrattari, 1 de diciembre de 1923

La doble condena de Bartolomeo Vanzetti (Nota de la editorial)

Nacido en 1888 en Villafalletto, un pequeño municipio de la provincia de Cuneo, en el Piamonte italiano, la vida de Bartolomeo Vanzetti no fue muy diferente a la de tantos otros proletarios y proletarias de la Italia de aquella época. Trabajador desde muy joven y en tareas muy duras y mal pagadas, con veinte años apenas cumplidos, decide embarcarse a Estados Unidos, la «Tierra Prometida» —como él mismo la llama—, para probar suerte.

Una vez allí se encuentra con una realidad muy particular que lo marcará profundamente: la de la explotación a gran escala y la de la vida y lucha de la enorme comunidad de trabajadores italianos de Estados Unidos.

En 1914, Vanzetti comenzó a trabajar en la empresa Plymouth Cordage, la mayor empresa cordelera del mundo y dueña de la ciudad de Plymouth, donde trabajaban colonias enteras de italianos y portugueses. El 17 de enero de 1916 estalló una gran

huelga en la fábrica, «la primera en la historia de la cordelera. Vanzetti fue uno de los organizadores. Cuando la fábrica llevaba un mes cerrada, la empresa concedió un aumento.»¹⁰ Esta experiencia de autoorganización y lucha dará ánimos y acompañará positivamente a Vanzetti.

Por mi activa participación en la huelga de obreros cordeleros de Plymouth, era evidente que para mí no podía haber ocupación allí... Como una situación de hecho, por mi participación más frecuente en las listas de oradores de grupos de todas las clases, se me hizo más y más difícil hallar trabajo en ninguna parte. Tanto, que en ciertas fábricas se me consideraba como definitivamente puesto en la «lista negra».¹¹

Un año más tarde, cuando el gobierno estadounidense, con el presidente Woodrow Wilson a la cabeza, decide intervenir en la guerra que está haciendo de Europa una verdadera carnicería, para defender los intereses norteamericanos y sacar tajada con los beneficios de la industria armamentística, se lanza una campaña de reclutamiento forzado de «ciudadanos y extranjeros». Vanzetti, junto a su ya amigo y compañero Nicola Sacco y otros anarquistas huyeron a

10 John Dos Passos, *Ante la silla eléctrica*, Errata Naturae, Madrid 2011, pág. 105.

11 Bartolomeo Vanzetti, «Historia de la vida de un proletario», en VV.AA. *Sacco y Vanzetti. Sus vidas, sus alegatos, sus cartas*. Terramar, Buenos Aires 2011, pág. 18.

México donde se instalaron en casas de barro y crearon una verdadera comuna de desertores, trabajando los que podían y compartiendo todo lo que tenían.

Entre los italianos que escaparon a México estaban además de Sacco y Vanzetti, otros conocidos compañeros como Luigi Galleani, gran orador y editor de la publicación *Cronaca Sovversiva* y Andrea Salsedo, tipógrafo de oficio y colaborador de la publicación de Galleani.

Una vez la situación en Estados Unidos se relajó y los compañeros recibieron noticias de que era posible eludir el reclutamiento, volvieron. Pese a ello la situación se había vuelto difícil para la lucha. El 16 de mayo de 1918 el gobierno aprobó la Ley de Sedición que, junto a la Ley de Espionaje aprobada en 1917, servirán para deportar, encarcelar y torturar a muchos anarquistas, principalmente de origen extranjero. Dicha ley prohibía el «lenguaje desleal, profano, difamatorio o abusivo» hacia el gobierno de Estados Unidos, su bandera o sus fuerzas armadas, con penas de cinco a 20 años de prisión. Esta ley estaba dirigida también a las publicaciones que en lengua extranjera se editaban en Estados Unidos. El 16 de octubre de 1918 se aprueba la Ley de Exclusión de Anarquistas, detallando la definición de anarquista y ampliando las posibilidades de deportación. Luigi Galleani, Emma Goldman, Alexander Berkman y muchos otros libertarios fueron deportados en los meses siguientes.

El 25 de febrero de 1920, dos anarquistas italianos, el ya nombrado Andrea Salsedo junto a Roberto Elia, son detenidos para ser interrogados sobre unos opúsculos subversivos. El 3 de mayo, después de más de dos meses de detención y torturas, Salsedo cae desde la planta 14 del Park Row Building, edificio donde el FBI tenía sus oficinas. Según el FBI éste se había «suicidado».

Dos días más tarde, al regresar de una reunión para organizar un mitin por la muerte de Salsedo, Vanzetti y Sacco son arrestados, con la consecuencia de toda la historia que todo el mundo conoce y que acaba con la muerte de ambos en la silla eléctrica siete años más tarde, luego de ser falsamente acusados de participar en el asalto y homicidio del pagador de una fábrica y su escolta. Toda esta odisea está recogida en libros, artículos, publicaciones, canciones y películas.

Más allá de los hechos en torno a la vida de Vanzetti, nos interesa recalcar la importancia de sus posicionamientos y sus ideas, ya que como él mismo diría «la verdadera y profunda historia» de alguien no las encontramos «en las circunstancias exteriores [...] sino en el despertar interno de su alma, de su mente y su conciencia»¹².

12 Bartolomeo Vanzetti, «Historia de la vida de un proletario», cit., pág. 27.

La denuncia que desde entonces se ha hecho del juicio contra Sacco y Vanzetti, un proceso totalmente maquinado desde el poder y repleto de falsas acusaciones, ha olvidado que estos eran anarquistas pertenecientes a la corriente anarcocomunista antiorganizacionista, erróneamente definida como *galleanista*¹³, y defensores de la lucha activa contra la opresión del Estado.

Estas cartas que aquí publicamos, recopiladas originalmente por el Gruppo Editore L'Antistato de Italia en 1957, sirven para profundizar en el posicionamiento de Vanzetti sobre la cuestión del sindicalismo, discusión muy presente en aquél entonces, pero también sus ideas, que eran comunes a muchos anarcocomunistas de su época, en torno a la organización, la política y los partidos «revolucionarios».

En el prefacio a la edición de 1957 de estas cartas, Michela Bacchieri cuenta que en la cárcel Vanzetti «leía cuantos libros podía, no tanto para ocupar el tiempo, sino más bien por ansia de conocer, mediante la investigación, los elementos válidos a la solución del problema social»¹⁴, léase la explotación y su necesidad de superarla a través de la revolución.

13 Por ser considerados seguidores del viejo Galleani, cuyas ideas eran difundidas en la ya nombrada *Cronaca Sovversiva*, la cual se publicó durante quince años en Estados Unidos.

14 «Prefazione all'edizione del 1957» en *Per l'abolizione di ogni autorità. Lettere di Bartolomeo Vanzetti su sindacati e sindacalismo*, Edizioni Il Picconiere, Cuneo 2007, pág. 53.

Fruto de tanta meditación y precioso aporte a la causa por él abrazada, además de espejo de su noble corazón y de su viva inteligencia, son los escritos de aquel período: innumerables cartas enviadas a amigos y compañeros, artículos para los periódicos proletarios de lengua italiana, informes que preparaba para la defensa de su proceso, y finalmente, dos obras autobiográficas de las cuales «Historia de la vida de un proletario» fue publicada en más de 20 periódicos [...].¹⁵

Las críticas y disentimientos hacia el sindicalismo recogidos en estas cartas que aquí publicamos son del periodo intermedio entre la fecha de su detención y la de su asesinato por la justicia estadounidense. El análisis que éste hace no se basa en elaboraciones abstractas sino, sobre todo, en su experiencia práctica en la lucha obrera. Sus lúcidas aportaciones aún hoy, más de 90 años después, no pierden fuerza y actualidad. Éste veía en el sindicalismo una nueva fe ciega, en el sentido religioso del término, que arrastraba a muchos y muchas anarquistas y revolucionarios, que a su vez reproducía todos y cada uno de los viejos errores del movimiento socialista revolucionario.

Pensamos que publicar por primera vez en castellano estas cartas servirán para reflexionar sobre el sindicalismo y la organización, y para conocer a ese Vanzetti condenado al único rol de mártir del

15. Ibid.

anarquismo, que además de ser recordado por haber sufrido la terrible maquinación de la justicia en su contra, no debe ser olvidado como un activo agitador anarquista que con sus lúcidas argumentaciones contribuyó a mantener vivo el debate, siempre tan actual, en torno a las formas organizativas y la lucha revolucionaria.

